ALNaciriya : Revues des Recherches Sociologiques et Historiques
Vol. 17, **N°**. 01, 15 Juin 2026
EISSN : 2600-6189/ ISSN : 2170-1822

La realidad histórica de los moriscos a través de la novela *La esclava* de Anouar Benmalek

The historical reality of the Moriscos through the novel *The Slave* by Anouar Benmalek

Chadli Omar

Universidad Amar Thelidji-Laghouat, o.chadli@lagh-univ.dz

Date de soumission : 27/02/2026 Date d'acceptation : 25/04/2026
Date de publication : 15/06/2026

Resumen: La novela *La esclava* de Anouar Benmalek reconstruye la vida de una joven morisca en la España renacentista, durante la persecución y expulsión de los moriscos. Su narración se basa en hechos históricos bien documentados sobre la experiencia de los moriscos tras la Reconquista y durante las políticas represivas españolas del siglo XVI y principios del XVII. Este artículo explora críticamente la relación entre la ficción novelesca y la realidad histórica documentada, mostrando cómo la literatura puede ser un recurso para conocer la historia social de los moriscos, al tiempo que ofrece una crítica humanística de su sufrimiento y exclusión social.

Palabras clave: estrategias literarias; ficción; moriscos; novela histórica; realidad histórica.

Abstract: Anouar Benmalek's novel *La esclava* reconstructs the life of a young Morisco woman in Renaissance Spain, during the persecution and expulsion of the Moriscos. Its narrative is based on well-documented historical facts about the Moriscos' experience after the Reconquista and under Spain's repressive policies in the 16th and early 17th centuries. This article critically explores the relationship between novelistic fiction and documented historical reality, showing how literature can serve as a resource for understanding the social history of the Moriscos while offering a humanistic critique of their suffering and social exclusion.

Keywords: literary strategies; fiction; Moriscos; historical novel; historical reality.

Introducción

La expulsión y marginación de los moriscos en la España renacentista representa un episodio complejo de intolerancia religiosa y cultural que aún genera debate entre historiadores y especialistas en literatura histórica. La problemática principal de este estudio se centra en analizar de qué manera la literatura logra representar la realidad histórica de los moriscos, considerando la mezcla de hechos documentados y elementos ficticios. La novela La esclava fue publicada originalmente en lengua francesa en 2002 por el escritor Anouar Benmalek y, posteriormente, traducida al español por Solà Maset R. en 2010. Esta obra ofrece una representación narrativa de la vida de una niña morisca vendida como esclava tras la destrucción de su pueblo, brindando una oportunidad para analizar el vínculo entre ficción y reconstrucción histórica.

A pesar de la existencia de abundante documentación histórica sobre los moriscos, muchas experiencias personales y sociales quedan invisibilizadas. La pregunta que guía este estudio es: ¿Cómo la narrativa de La esclava refleja y reconstruye la realidad histórica de los moriscos, y qué límites tiene en cuanto la fidelidad histórica? Estos interrogantes permiten explorar la utilidad de la literatura para complementar la historiografía tradicional.

El estudio utiliza un enfoque cualitativo y documental, combinando análisis literario y revisión histórica. Se realiza un análisis textual de la novela, identificando referencias a eventos históricos, prácticas sociales y persecución religiosa, y se contrastan con fuentes históricas sobre los moriscos.

El presente estudio tiene como objetivo general mostrar los aspectos de la realidad histórica de los moriscos a través de la novela *La esclava* de Anouar Benmalek. Para alcanzar este propósito, se plantean los siguientes objetivos específicos: identificar los elementos históricos representados en la novela, comparar los acontecimientos narrados con la documentación histórica disponible y evaluar la función de la literatura como herramienta para la reconstrucción de la memoria histórica.

El presente artículo se estructura en cuatro etapas principales que guían el análisis: Marco histórico de los moriscos, donde se reconstruye el contexto histórico y social de esta comunidad; Novela histórica y su aporte, que examina el papel del género

literario en la representación de experiencias pasadas; Referencia histórica en La esclava, enfocada en identificar y contrastar los eventos y prácticas narradas en la obra con la documentación histórica disponible; y Estrategias literarias, donde se analizan los recursos narrativos utilizados por Anouar Benmalek para dramatizar y dar profundidad a la experiencia histórica de los moriscos.

I. Marco histórico de los moriscos

Tras la caída del último reino musulmán de la Península Ibérica en 1492, la situación de la población musulmana experimentó una transformación profunda y duradera. La conquista del Reino de Granada no solo significó el final del poder político musulmán en la Península, sino que también inauguró un nuevo orden social basado en la supremacía religiosa y cultural del cristianismo. Domínguez Ortiz, A. & Vincent, B. (1997) afirman que aunque inicialmente las Capitulaciones de Granada garantizaron el respeto a la religión, lengua y costumbres de los musulmanes, estas promesas fueron rápidamente erosionadas por las políticas de la monarquía castellana, dando lugar a un proceso progresivo de represión y control.

Este incumplimiento sistemático de los acuerdos iniciales generó un clima de inseguridad jurídica y social entre la población musulmana. A partir de las primeras décadas del siglo XVI, las presiones para la conversión al cristianismo se intensificaron, culminando en conversiones forzadas que transformaron a los musulmanes en lo que las fuentes históricas denominaron “moriscos”. Sin embargo, estas conversiones no supusieron una integración plena en la sociedad cristiana, sino que dieron lugar a una coexistencia conflictiva marcada por la desconfianza mutua (Bennassar, A. 2001).

En muchos casos, los moriscos continuaron practicando su religión, lengua y tradiciones de forma clandestina, transmitiéndolas en el ámbito familiar. Esta resistencia cultural, lejos de ser una muestra de desafío abierto, respondía a la necesidad de preservar una identidad colectiva amenazada. Bennassar, A. (2001: 214) describe esta situación afirmando que los moriscos vivieron “atrapados entre dos mundos, rechazados por la sociedad cristiana y desarraigados de su propia tradición islámica”, lo que refleja la profunda crisis identitaria que caracterizó su experiencia histórica.

García Cárcel (1992) explica que durante el siglo XVI, la monarquía hispánica impulsó un ambicioso proyecto de homogeneización cultural y religiosa, considerado esencial para la estabilidad política del reino. En este contexto, la Inquisición se consolidó como un instrumento fundamental de control ideológico, encargado de vigilar y castigar cualquier desviación de la ortodoxia cristiana. La presencia constante del tribunal inquisitorial generó una atmósfera de miedo y sospecha que afectó de manera especial a los moriscos, convertidos en objeto prioritario de persecución.

Las autoridades interpretaron la persistencia de prácticas culturales diferenciadas como una amenaza para la unidad del reino. Lengua, vestimenta, rituales y costumbres cotidianas fueron progresivamente criminalizadas, reforzando la percepción de los moriscos como un grupo incapaz de integrarse. Esta lógica represiva alcanzó su máxima expresión con la promulgación de la Pragmática Sanción de 1567, que prohibía explícitamente el uso del árabe, los baños rituales, la música tradicional y otras manifestaciones culturales moriscas (Domínguez Ortiz, A. & Vincent, B. 1985).

La respuesta más contundente a esta política fue la Rebelión de las Alpujarras (1568–1571), un levantamiento armado protagonizado por los moriscos del antiguo Reino de Granada. Este conflicto no solo tuvo un carácter militar, sino que representó una reacción desesperada ante la pérdida de derechos, identidad y autonomía cultural. Aunque la rebelión fue finalmente sofocada por las tropas reales, sus consecuencias fueron especialmente severas para la población morisca. Tras la derrota, miles de moriscos fueron desplazados forzosamente a otras regiones de la Península, con el objetivo de disolver sus comunidades y evitar futuras resistencias. Estas deportaciones internas, sumadas a la confiscación de bienes y al endurecimiento de la vigilancia inquisitorial, agravaron aún más las condiciones de vida de este grupo minoritario (Domínguez Ortiz, A. 2003).

Domínguez Ortiz, A. & Vincent, B. (1985) indican que en las décadas siguientes, el fracaso reiterado de las políticas de asimilación reforzó la percepción oficial de los moriscos como un colectivo peligroso, sospechoso de herejía y potencial aliado de potencias musulmanas extranjeras. En este contexto de creciente

hostilidad, comenzó a consolidarse la idea de que la única solución definitiva al llamado "problema morisco" era su expulsión del territorio peninsular.

Finalmente, entre 1609 y 1614, bajo el reinado de Felipe III, se decretó la expulsión general de los moriscos de los reinos hispánicos. Esta decisión supuso la salida forzosa de entre 275 000 y 350 000 personas, muchas de las cuales llevaban generaciones asentadas en la península. El proceso estuvo marcado por la violencia, la desorganización y el sufrimiento humano (Kamen, H. 1971).

El impacto de la expulsión fue considerable tanto para los moriscos como para la sociedad española en su conjunto. Regiones como Valencia y Aragón sufrieron un grave descenso demográfico y económico, especialmente en el ámbito agrícola. Según Elliott, J. (2006), la expulsión de los moriscos constituyó una de las medidas más severas y dolorosas de la España moderna, cuyos efectos se dejaron sentir a lo largo de varias décadas.

II. Novela histórica y sus aportes

La novela histórica, como género literario, posee una capacidad singular para articular el conocimiento del pasado a través de una combinación equilibrada entre hechos documentados y recursos narrativos propios de la ficción. Esta característica permite ofrecer al lector no solo información histórica, sino también una experiencia emocional que facilita la comprensión profunda de contextos sociales, políticos y culturales complejos. A diferencia de la historiografía tradicional, cuyo objetivo principal es la explicación rigurosa de los hechos, la novela histórica se centra en la vivencia humana de esos acontecimientos.

Desde esta perspectiva, la literatura histórica se convierte en una herramienta fundamental para acercar el pasado a públicos más amplios, al traducir procesos abstractos en historias personales. Lukács, G. (1976) afirma que la verdadera novela histórica no se limita a recrear un contexto, sino que hace visibles las tensiones y conflictos sociales encarnándolos en la trayectoria vital de personajes concretos, lo que permite comprender la historia no como una sucesión de fechas, sino como una experiencia vivida.

Assmann, A. (2011) aclara que en el ámbito de los estudios culturales y de la memoria, numerosos autores han destacado el papel de la literatura en la reconstrucción de memorias sociales que

han quedado marginadas o silenciadas por los relatos oficiales. La historia académica, basada fundamentalmente en documentos producidos por las élites políticas y religiosas, suele dejar fuera las voces de los grupos subalternos. En este contexto, la novela histórica ofrece un espacio privilegiado para recuperar esas experiencias olvidadas.

Esta función resulta especialmente relevante en procesos de trauma histórico, donde la violencia, la persecución o el exilio dificultan la transmisión directa de la memoria colectiva. Ricoeur, P. (2004) señala que la memoria no es un simple archivo del pasado, sino una construcción narrativa que permite dotar de sentido a la experiencia humana del tiempo. En este sentido, la literatura contribuye a reorganizar el pasado desde una dimensión simbólica y emocional, complementando el trabajo de la historia.

El caso de los moriscos constituye un ejemplo paradigmático de este tipo de trauma histórico. La persecución religiosa, la imposición cultural, la vigilancia inquisitorial y, finalmente, la expulsión forzosa entre 1609 y 1614 generaron una ruptura profunda en la continuidad histórica de esta comunidad. González Alcantud, J. (2014) aclara que estas experiencias, aunque documentadas en archivos oficiales, rara vez reflejan el sufrimiento cotidiano de los individuos afectados. La novela histórica permite, precisamente, explorar ese nivel microhistórico de la experiencia.

A través de personajes ficticios situados en contextos reales, las novelas sobre los moriscos reconstruyen la vida cotidiana bajo la sospecha constante, el miedo a la delación y la pérdida progresiva de la identidad cultural. Estas narraciones hacen visible el conflicto interno de individuos obligados a ocultar sus creencias y tradiciones para sobrevivir. La memoria cultural se transmite no solo mediante documentos, sino también a través de relatos que condensan significados compartidos.

Desde el punto de vista teórico, la frontera entre historia y ficción ha sido ampliamente debatida. White, H. (1992) sostiene que toda narración histórica implica una estructura narrativa que selecciona, organiza e interpreta los hechos. En consecuencia, la historia no es una reproducción neutral del pasado, sino una construcción discursiva. La novela histórica hace explícita esta condición narrativa, sin por ello renunciar a la fidelidad contextual.

Según Hutcheon, L. (1988), la novela histórica no debe entenderse como una distorsión del pasado, sino como una forma alternativa de conocimiento histórico. Al incorporar emociones, diálogos y conflictos personales, estas obras permiten al lector empatizar con sujetos históricos que, de otro modo, permanecerían como cifras o categorías abstractas. Esta empatía resulta clave para la comprensión ética del pasado.

La literatura histórica contemporánea, especialmente aquella que aborda episodios de exclusión y violencia, cumple además una función crítica. Al rescatar memorias silenciadas, cuestiona los relatos hegemónicos y pone en evidencia los mecanismos de poder que han determinado qué versiones del pasado se consideran legítimas. De acuerdo con Hutcheon, L. (1988), la ficción histórica no pretende borrar el pasado, sino replantearlo críticamente a la luz de las preocupaciones del presente.

En el caso de los moriscos, esta revisión resulta fundamental para comprender la diversidad cultural que caracterizó históricamente a la Península Ibérica. Las novelas históricas permiten reconocer a los moriscos no solo como víctimas de la intolerancia, sino como sujetos activos, portadores de una cultura rica y compleja. De este modo, la literatura contribuye a una visión más plural del pasado.

Ricoeur, P. (2004) subraya que estas obras fomentan una reflexión contemporánea sobre temas como la identidad, la alteridad y la convivencia intercultural. Al conectar el pasado con problemáticas actuales, la novela histórica demuestra su vigencia como género y su capacidad para generar conciencia histórica. La narración del pasado influye directamente en la manera en que las sociedades se comprenden a sí mismas en el presente.

La novela histórica posee un valor que trasciende lo literario. Al vincular datos reales con una narrativa comprensible y emocional, este género contribuye a la reconstrucción de memorias sociales y culturales que han sido marginadas por la historiografía tradicional. En contextos de trauma histórico como el de los moriscos, la literatura se erige como una herramienta fundamental para recuperar voces silenciadas, fomentar la empatía y enriquecer nuestra comprensión del pasado desde una perspectiva humana e inclusiva.

III. Referencia histórica en la novela

III.1- Persecución religiosa

La novela *La esclava* se desarrolla en un periodo histórico marcado por la intolerancia religiosa y la persecución sistemática contra los moriscos, descendientes de musulmanes obligados a convertirse al cristianismo tras la Reconquista y finalmente expulsados entre 1609 y 1614 por Felipe III. Este hecho histórico no fue una acción aislada, sino el resultado de más de un siglo de políticas de asimilación fallidas y creciente desconfianza hacia esta población.

Desde las primeras páginas, se construye un ambiente de hostilidad constante, donde la diferencia religiosa se convierte en motivo de sospecha, violencia y exclusión. En un pasaje, Benmalek, A. (2010: 12) relata que los moriscos: "Rezaban en secreto, con el corazón latiendo acelerado, conscientes de que incluso el gesto más mínimo podía ser interpretado como traición a la fe impuesta. Vivir significaba ocultar, esconder, disfrazar la verdadera identidad ante ojos que siempre juzgaban." Este fragmento refleja la tensión constante y el miedo interiorizado; el acto de rezar deja de ser una expresión de fe para convertirse en un ejercicio de supervivencia, revelando el mecanismo de la manipulación de la religión que fue empleado para el control social y la marginación gradual de los moriscos.

Conforme a Ricoeur, P. (2004), esta marginación fue impulsada por decisiones políticas eclesiásticas y reales que buscaban homogeneizar la fe cristiana. La Pragmática Sanción de 1567, promulgada por Felipe II, prohibió las costumbres, el idioma y la vestimenta moriscos. La obra describe que: "Bastaba que un vecino murmurara una sospecha para que todo cambiara. Casas vigiladas, miradas que nunca descansaban, rumores que transformaban la cotidianeidad en un tribunal sin jueces" (Benmalek, A. 2010: 14). El autor evidencia la infiltración de la persecución en la vida diaria, generando desconfianza y normalizando la denuncia. Esta percepción está en consonancia con interpretaciones historiográficas que señalan que, tras décadas de vigilancia social e inquisitorial, los moriscos fueron percibidos como una minoría culturalmente persistente e inasimilable.

Los moriscos se ven obligados a una doble vida, atrapados entre su memoria religiosa y la conversión forzada. La novela dice: "Vivían con el alma dividida, mostrando una fachada de devoción que no sentían mientras preservaban en secreto las tradiciones heredadas, temerosos de que un solo error los condenara" (Benmalek, A. 2010: 15). Este fragmento subraya el conflicto identitario y la fractura interna que genera la opresión religiosa. García-Arenal, M. & Wiegers, G. (2013) afirman que las autoridades españolas veían a los moriscos como social y culturalmente distintos, aun después de la conversión formal al cristianismo, reforzando su marginación social y política.

La violencia institucional también se manifestó en la confiscación de bienes y la pérdida de propiedades. La novela de Benmalek contrapone esta violencia con escenas de desposesión total: "Una acusación bastaba para perderlo todo: propiedades, dignidad, libertad. La justicia no era sino una sombra, y la fe, un pretexto para la crueldad más calculada" (Benmalek, A. 2010: 23). Este tipo de prácticas reflejan, según García-Arenal, M. & Wiegers, G. (2013), el clima real de persecución legal y social que rodeó a los moriscos en los últimos siglos de presencia ibérica, cuando la religión fue instrumentalizada para justificar la eliminación de derechos civiles y la exclusión completa.

La protagonista femenina refleja la vulnerabilidad extrema de las mujeres moriscas: "Su cuerpo llevaba las marcas del miedo, cicatrices invisibles que cada día le recordaban la fragilidad de su existencia frente a ojos que podían decidir su destino en un instante" (Benmalek, A. 2010: 32). El autor articula la intersección entre la violencia religiosa y la opresión de género, amplificando el sufrimiento en un contexto donde la vigilancia se extendía incluso a la vida íntima y corporal.

La esclavitud también se vincula en la novela con la fe y la identidad: "Creer distinto era ya una condena. La diferencia se pagaba con cadenas, con humillación, con la pérdida de todo aquello que definía la vida" (Benmalek, A. 2010: 34). Aunque las fuentes documentales del siglo XVII no describen una política generalizada de esclavización de los moriscos tras la expulsión, la percepción de que la marginación llevaba a una "nueva servidumbre social" refleja la forma en que las estructuras de poder convertían la intolerancia religiosa en subordinación social permanente.

El silencio aparece como estrategia de supervivencia, pero incluso eso era insuficiente: "Ni el silencio salvaba del castigo. Aquellos que se ocultaban, que disimulaban, vivían con la certeza de que la sospecha podía alcanzarlos en cualquier momento" (Benmalek, A. 2010: 40). Esta arbitrariedad también fue denunciada por voces contemporáneas como el humanista Valencia, P. (1997) en su *Tratado acerca de los moriscos de España*, quien cuestionó tanto la moralidad como la legalidad de las políticas de expulsión, advirtiendo sobre el tratamiento injusto de un grupo humano que ya llevaba generaciones viviendo en la Península.

El impacto psicológico de la persecución se ve en la constante ansiedad de los personajes: "Vivían esperando el golpe, cada puerta, cada sombra, cada murmullo era motivo de alarma…" (Benmalek, A. 2010: 40). Esta tensión cotidiana no es solo literaria, Barrios Aguilera, M. (2002) corrobora que durante el periodo pre-expulsión la sospecha de herejía podía desencadenar interrogatorios inquisitoriales o sanciones severas.

La fe se transforma en resistencia: "Creer era un acto de valentía; cada oración secreta, cada tradición preservada, era una pequeña rebelión contra el poder que pretendía borrar sus vidas" (Benmalek, A. 2010: 44). Esta atención a la capacidad de resistencia cultural encuentra respaldo en los estudios de diversos historiadores, entre ellos Charles Lea, H. (2007) quien señala que, pese a la represión, muchos moriscos conservaron elementos de su identidad lingüística y cultural, e incluso dejaron huellas de su presencia en comunidades clandestinas que sobrevivieron en España durante décadas tal es el caso de los manuscritos aljamiados.

La represión también pretendía borrar la memoria cultural: "Olvidar era una orden… la historia se intentaba borrar a fuerza de miedo" (Benmalek, A. 2010: 405). De hecho, Janer, F. (2006) señala que la expulsión provocó no solo el desplazamiento físico de decenas de miles de personas, sino una ruptura traumática de nueve siglos de presencia islámica en la península, con efectos profundos en la memoria colectiva y la identidad regional.

Además, la resistencia simbólica emerge en actos sencillos: "Un recuerdo podía ser un acto de rebelión…" (Benmalek, A. 2010:

55). La novela destaca cómo incluso los gestos sutiles pueden convertirse en formas de resistencia contra la violencia institucionalizada. Esta dimensión refleja no solo una memoria individual, sino también una memoria social que persiste más allá de la política de expulsión y que muchos historiadores han identificado como parte del legado morisco tanto en España como en el norte de África.

III.2-Desintegración de comunidades

En *La esclava*, la destrucción del pueblo de María encarna la dispersión forzada y la violencia sistemática contra las comunidades moriscas, un proceso histórico que no surgió de manera fortuita, sino que respondió a decisiones políticas caracterizadas por la represión cultural y religiosa. La novela describe la brutalidad de la violencia religiosa y social que afectó a las comunidades moriscas, vaciando barrios enteros, cerrando talleres, y despojando las plazas y los caminos.

Benmalek, A. (2010: 33) expresa que: "Las casas vacías, los campos abandonados, los caminos silenciosos; el eco de la vida que una vez fue vibrante se había perdido. Cada familia expulsada llevaba consigo fragmentos de memoria que nadie más podía sostener". Este pasaje muestra que la expulsión no es solo geográfica, sino que constituye el vaciado de la vida cotidiana y de la memoria institucional de un colectivo. En este contexto, García Cárcel, R. (1992) expone que la expulsión de los moriscos entre 1609 y 1614 no fue un fenómeno aislado, sino un proyecto de Estado con consecuencias profundas.

La desintegración del pueblo de María no se limita a la ausencia física de sus habitantes, sino que implica un colapso del entramado comunitario como las tradiciones, lenguas, saberes compartidos, instituciones locales que sostenía el tejido social. Benmalek, A. (2010: 47) expone la siguiente descripción: "Los patios que antes bullían de charla a la hora de la siesta estaban mudos; las voces de las tías recordando recetas antiguas, o de los niños riendo junto a los abuelos, se habían desvanecido como humo en el viento".

Harvey, L. P. (2005) aclara que la expulsión provocó, en muchos casos, la desaparición de oficios comunitarios enteros como la artesanía textil, la agricultura especializada y el riego tradicional que se habían desarrollado durante generaciones. Según Kamen, H.

(1971: 130): "La retirada forzada de campesinos moriscos dejó tierras sin cultivar y expulsó de los mercados rurales a artesanos cuya práctica había sido el motor de la economía local". La novela muestra esta realidad con detalles vívidos, pero también con una conciencia que incrimina los efectos perdurables de la ruptura del tejido comunitario.

La dispersión forzada afectó profundamente las relaciones económicas y la vida diaria de las comunidades. En la novela se observa la transformación de la cotidianeidad: "Los mercados ya no tenían vendedores, los talleres permanecían cerrados, y la vida que alguna vez fluyó con normalidad se había detenido. Cada gesto cotidiano se convertía en un recordatorio del vacío dejado por los que se habían ido" Benmalek, A. (2010: 64).

La expulsión de agricultores capacitados y artesanos experimentados produjo una pérdida abrupta de productividad económica. Harvey, L. P. (2005) señala que en territorios como Valencia y Aragón, la expulsión de los moriscos provocó una escasez de trabajadores agrícolas cuyos efectos se prolongaron durante décadas, ya que en muchas comarcas este grupo constituía el núcleo principal de la población campesina activa. Estas transformaciones económicas tienen una dimensión antropológica: no solo dejan vacíos en los mercados, sino que generan una sensación de desarraigo profundo entre quienes permanecen.

La novela de Benmalek no rehúye el aspecto emocional de la ruptura comunitaria. Los personajes experimentan un aislamiento progresivo, una fragmentación de su identidad compartida y un trauma generacional. La confianza y el sentido de comunidad se ven gravemente afectados, lo que coincide con investigaciones sobre memoria colectiva. Los procesos de deportación y exclusión dan lugar a lo que Lapeyre, H. (1986) definió como una memoria colectiva herida: un recuerdo fragmentado que obstaculiza la reconstrucción de un pasado común dotado de sentido. Esto explica por qué, en la novela, incluso quienes comparten orígenes y recuerdos comunes sienten que ya no hablan el mismo lenguaje ni habitan el mismo pasado.

A pesar de la dispersión y fragmentación, Benmalek rescata el tema de la resistencia cultural. Los vínculos simbólicos, más allá de la geografía física, sostienen un sentido de continuidad identitaria:

“Los recuerdos de fiestas, canciones y rituales sobrevivían en susurros y encuentros secretos; aunque el pueblo se había disuelto, la memoria colectiva se aferraba a la vida, resistente al olvido” (Benmalek, A. 2010: 87).

III.3-Sufrimiento y marginación social

La novela humaniza las consecuencias personales de las políticas discriminatorias, mostrando que el impacto de la expulsión forzada de los moriscos no solo supuso un desplazamiento geográfico, sino también la pérdida profunda de vínculos afectivos, identitarios y sociales que estructuraban la vida comunitaria. Benmalek retrata este sufrimiento a través de escenas que reflejan la pobreza extrema, la desconfianza creciente y la soledad insoportable de quienes sobrevivieron a la violencia institucionalizada. En la voz de uno de los narradores, se expresa: “Se sentían desplazados incluso entre quienes compartían su origen; cada gesto cotidiano se tornaba pesado, y la mirada de los vecinos, cargada de sospecha, recordaba que ya no pertenecían al lugar que los había visto nacer” (Benmalek, A. 2010: 79). Este fragmento evidencia que la marginación no era únicamente material, sino también social y psicológica, y que la expulsión configuraba una forma de violencia extendida que penetraba todos los ámbitos de la vida cotidiana.

La expulsión y la discriminación generaban un aislamiento que impedía la reconstrucción de redes de apoyo, dejando a los individuos vulnerables y expuestos a la hostilidad del entorno. Los personajes no solo pierden hogares y tierras; pierden la seguridad que les proporcionaban las relaciones vecinales y familiares, elementos fundamentales para la supervivencia en sociedades rurales del período, así como una red de reciprocidad social que funcionaba como verdadera “estructura de contención” frente a las incertidumbres económicas y existenciales. Benmalek, A. (2010: 91) narra que: “Caminar por las calles que una vez estaban llenas de voces era como atravesar la propia memoria: cada piedra parecía preguntar por los rostros que ya nunca volverían”.

La marginación también se expresa en la constante vigilancia social que se impone sobre los cuerpos moriscos, incluso cuando estos intentan adaptarse a nuevas circunstancias. El narrador comenta: “No importaba que llevaran ropas nuevas o hablaran con acento extraño; la sospecha era un huésped persistente en los hogares y en las plazas” (Benmalek, A. 2010: 99). Según Charles

Lea, H. (2007), la sospecha se convierte así en una forma de violencia simbólica, un mecanismo que produce exclusión sin necesidad de acción física directa, y que corroe la confianza comunitaria desde dentro.

Los espacios rituales como las reuniones en torno al agua de los manantiales, los rezos nocturnos compartidos o las fiestas de cosecha se convierten en recuerdos dolorosos que, según el relato, se sostienen solo en los pliegues de la memoria personal. En este contexto, la marginación social transforma radicalmente la experiencia de pertenencia: la comunidad existe en la memoria y en prácticas secretas, pero ya no como estructura pública o reconocida socialmente. En una de las escenas más emotivas, Benmalek, A. (2010: 97) escribe: "Cantábamos en la penumbra, como si nuestras voces, al unirse, pudieran convocar de nuevo a quienes se fueron". Esta imagen ilustra la persistencia de la identidad colectiva en la medida en que los recuerdos se convierten en actos de resistencia frente al olvido impuesto.

La marginación no fue un evento único o aislado, sino un proceso prolongado que se extendió más allá de la expulsión misma. La pobreza forzada, la desestructuración social y la eliminación de redes de apoyo conformaron un sistema de violencia extendido que dejó huellas profundas en los individuos y en la memoria colectiva. Mostrar esta dimensión subjetiva del sufrimiento permite a la novela trascender la mera reconstrucción histórica para entrar en el terreno de la experiencia vivida, donde la violencia deja marcas que no siempre pueden ser narradas con palabras. En un momento clave del libro, un personaje reflexiona: "No sabía si lloraba por lo que se fue o por lo que nunca llegamos a ser, y en ese llanto sentí que la pena era algo que no podía ser erradicado, solo compartido" (Benmalek, A. 2010: 81).

Estos testimonios ficcionales conectan estrechamente con los estudios históricos que han documentado las consecuencias de las políticas discriminatorias sobre la vida de los moriscos. Por ejemplo, García-Arenal, M. & Wiegers, G. (2013) señalan que la expulsión no solo implicó desplazamientos masivos, sino también la fragmentación de familias y la ruptura de tradiciones que habían sido pilares de cohesión social durante generaciones. En varias regiones los moriscos intentaron regresar clandestinamente o

permanecer en sus tierras disfrazando sus prácticas culturales, lo cual generó una dinámica de doble identidad que profundizó la sensación de marginación.

La violencia institucional no se limita, por tanto, a un acto puntual de expulsión, sino que se manifiesta como un sufrimiento prolongado, que abarca lo material, lo social y lo emocional. La pobreza forzada y la desestructuración social constituyen, así, manifestaciones de un proceso de marginalización total que deja huellas profundas en los individuos y en la memoria colectiva. En la novela, esto se traduce en escenas donde los personajes transitan por paisajes desolados, llevando consigo no solo sus pocas pertenencias materiales, sino también "un puñado de palabras que ya no tenían sentido fuera de sus casas" (Benmalek, A. 2010: 42). La experiencia de la expulsión cobra aquí una dimensión simbólica: las palabras mismas se convierten en vestigios de una comunidad que lucha por mantenerse viva en la memoria de quienes la portan.

Así, la novela evidencia que la discriminación no solo destruye vidas y territorios, sino que también desarticula la continuidad cultural y social que da sentido a las comunidades humanas. La narrativa de Benmalek no oculta el dolor ni evita las sombras de la historia; al contrario, ilumina las formas en que la violencia institucionalizada se traduce en sufrimiento individual y colectivo, dejando marcas que perduran mucho después de que los cuerpos se hayan movido de lugar. Es en ese entrelazamiento entre memoria, identidad y exclusión donde la novela encuentra su fuerza expresiva más profunda, y donde la historia se vuelve no solo materia de estudio, sino materia de experiencia.

IV. Estrategias literarias

En *La esclava*, Anouar Benmalek utiliza una serie de estrategias literarias que permiten humanizar y dramatizar la experiencia histórica de los moriscos, combinando hechos documentados con elementos ficcionales que profundizan en la psicología de los personajes y en la complejidad de las relaciones sociales. La obra añade elementos novelísticos, como relaciones personales, sagas de venganza y conflictos de destino, que no siempre corresponden a registros históricos precisos. Sin embargo, estas estrategias no disminuyen la veracidad de la representación del sufrimiento y la marginación; por el contrario, facilitan la

comprensión de la vida interior de quienes fueron víctimas de políticas discriminatorias.

Benmalek despliega con maestría la técnica de la narración en primera persona alternante, permitiendo que diversos personajes relaten su experiencia desde perspectivas subjetivas. Esto refuerza la empatía del lector y evidencia que un mismo hecho histórico como la expulsión, la vigilancia social o la prohibición de prácticas culturales, puede experimentarse de formas distintas dependiendo de la edad, el género y la posición social de quienes lo viven.. En la novela se señala que: "Cada historia contada por los que quedaban era un fragmento de un rompecabezas que nadie podía completar. Nadie podía decir con certeza qué era verdad y qué sobrevivía solo en la memoria de cada uno" (Benmalek, A. 2010: 101). Esta cita evidencia la exposición de la memoria colectiva a través de relatos individuales, enfatizando la multiplicidad de experiencias que conforman una misma realidad histórica.

Otro recurso recurrente es el uso de metáforas para dar cuerpo al sufrimiento social. La migración forzada, la vigilancia constante y la pérdida de identidad se representan de manera poética y sugerente, a través de imágenes que mezclan lo tangible y lo emocional. Por ejemplo: "Los muros de las casas parecían susurrar secretos, y cada piedra parecía cargar con el peso de quienes ya no podían estar allí" (Benmalek, A. 2010: 77). La metáfora de las casas y los muros como testigos del desarraigo enfatiza el trauma material y emocional de la expulsión, reforzando la noción de que la violencia no se limita al acto físico de exilio, sino que persiste en el entorno y en la memoria.

En la siguiente metáfora: "Los eclipses de luna que antes eran ocasión de cantos y relatos, ahora eran silencios compartidos, como si el cielo mismo guardara luto por lo perdido" (Benmalek, A. 2010: 68), la luna eclipsada funciona como símbolo de una cultura que aún existe a medias, que se asoma intermitente en la memoria de los personajes, pero que ha perdido su espacio de representación pública.

Benmalek también recurre a diálogos internos y monólogos reflexivos para explorar conflictos de identidad y moralidad. Los personajes se enfrentan a dilemas éticos que la historia real no documenta, pero que son plausibles dentro de la psicología de

individuos marginados. Por ejemplo: "¿Qué valor tenía mi oración si cada palabra podía ser usada en mi contra? ¿Podía seguir llamándome cristiano mientras mi alma recordaba otra fe?" (Benmalek, A. 2010: 68). Esta reflexión revela el profundo conflicto entre supervivencia y autenticidad, un tema que atraviesa toda la obra y que se conecta directamente con la realidad histórica de los moriscos obligados a adoptar la fe cristiana mientras preservaban en secreto sus prácticas religiosas.

La obra integra además elementos de sagas familiares y venganza, estrategias narrativas que permiten dramatizar los efectos intergeneracionales de la persecución. Benmalek describe la influencia de los resentimientos y las heridas pasadas en la conducta de los descendientes: "Los hijos cargaban con pecados que no habían cometido, herencias de miedo y rabia que los mayores no podían exorcizar" (Benmalek, A. 2010: 44). Este recurso literario ilustra que la historia no termina con la expulsión; sus consecuencias se perpetúan en las familias y comunidades, afectando relaciones sociales y dinámicas de poder. La literatura se convierte, así, en un espacio donde la historia personal y colectiva se entrelazan.

El autor utiliza con frecuencia descripciones minuciosas del entorno y de los objetos cotidianos para reforzar la sensación de pérdida y desarraigo. Los espacios físicos se cargan de memoria y simbolismo, como en el pasaje: "El huerto abandonado estaba cubierto de maleza, pero cada árbol guardaba la sombra de juegos y voces que ya no volverían" (Benmalek, A. 2010: 32). La atención al detalle crea un sentido de autenticidad que complementa los elementos ficcionales, mostrando que la reconstrucción literaria del pasado puede ser tanto emocional como histórica.

El uso de contrastes temporales y espaciales es otra estrategia literaria importante. La narrativa alterna entre recuerdos del pasado y la desolación del presente, estableciendo un diálogo entre lo que fue y lo que queda. Por ejemplo: "Antes, el mercado era un lugar de voces y aromas; ahora, las calles estaban vacías, y los ecos de la vida se habían convertido en silencio". (Benmalek, A. 2010: 59). Esta técnica resalta la discontinuidad histórica, enfatizando el impacto de la persecución sobre la cotidianeidad y sobre la memoria cultural.

Benmalek combina realismo y simbolismo, construyendo escenas que reflejan la brutalidad de la expulsión y, al mismo tiempo, la resistencia simbólica de los personajes: "En la penumbra, un niño recitaba canciones que no debía recordar; cada nota era un acto de rebeldía silenciosa" (Benmalek, A. 2010: 36). Esta cita ejemplifica el uso de actos cotidianos como símbolos de resistencia cultural en la narración, transformando la memoria y la tradición en herramientas de supervivencia frente a la violencia.

Otro recurso recurrente es el retrato psicológico profundo de los personajes. La obra enfatiza cómo la marginación, la vigilancia y la opresión generan ansiedad, culpa y desconfianza: "Se miraban unos a otros con recelo, preguntándose si la amistad podía sobrevivir al miedo que todo lo contaminaba" (Benmalek, A. 2010: 48). En este caso se observa que la ficción permite explorar dimensiones del sufrimiento que la documentación histórica no siempre captura: la experiencia emocional de vivir bajo la amenaza constante de persecución.

Asimismo, El uso del lenguaje poético y evocador también contribuye a la fuerza expresiva de la novela. Benmalek construye frases que transmiten simultáneamente hechos históricos y sensaciones subjetivas, uniendo la historia documentada con la experiencia humana: "Cada sombra parecía contener a los ausentes, y cada viento llevaba consigo fragmentos de memoria que nadie más podía sostener" (Benmalek, A. 2010: 77). Esta técnica refuerza la idea de que la literatura puede servir como vehículo para la memoria histórica, preservando no solo datos, sino emociones y vivencias.

Conclusión

La esclava de Anouar Benmalek demuestra que la literatura histórica puede reconstruir la memoria de comunidades marginadas, como los moriscos, ofreciendo una comprensión más profunda del sufrimiento humano frente a la persecución religiosa y social. La novela combina hechos documentados, como la Pragmática de 1567, la Rebelión de las Alpujarras y la expulsión de 1609-1614, con elementos ficcionales que permiten explorar la psicología de los personajes, su conflicto identitario y la desintegración de comunidades.

Benmalek utiliza estrategias literarias como la narración en primera persona alternante, metáforas, simbolismo, diálogos internos y descripciones minuciosas, que enriquecen la experiencia de lectura y permiten que los lectores comprendan los efectos prolongados de la marginación: pobreza, pérdida de redes de apoyo, aislamiento social y trauma psicológico. La obra muestra que la violencia institucional no se limita al acto de expulsión, sino que genera un sufrimiento persistente que atraviesa lo material, lo social y lo cultural.

Asimismo, la novela resalta la resistencia simbólica y cultural de los moriscos, quienes, pese a la represión, mantienen vivos sus recuerdos, rituales y tradiciones, preservando la identidad colectiva en contextos de clandestinidad. De esta manera, *La esclava* evidencia que la literatura no solo documenta hechos históricos, sino que también reconstruye la dimensión humana de la historia, proporcionando una visión empática y crítica de la intolerancia y sus consecuencias, y reafirmando la relevancia de la narrativa histórica como herramienta de memoria y reflexión ética.

Bibliografía

Assmann, A. (2011). Cultural memory and Western civilization: Functions, media, archives. Reino Unido: Cambridge University Press.

Barrios Aguilera M. (2002). Granada morisca, la convivencia negada, historia y textos. Granada: Editorial Comares.

Benmalek, A. (2010). La esclava (R. Solà Maset, Trad.). Barcelona: Debolsillo.

Bennassar, B. (2001). Los moriscos: Expulsión y diáspora. Madrid: Editorial Crítica.

Charles Lea, H. (2007). Los moriscos españoles, su conversión y expulsión. (J. Lorenzo Miralles, Trad.). Alicante: Universidad de Alicante.

Domínguez Ortiz, A. & Vincent, B. (1997). Historia de España: Siglo XVI. Madrid: Alianza Editorial.

Domínguez Ortiz, A. & Vincent, B. (1985). Historia de los moriscos: Vida y tragedia de una minoría. Madrid: Alianza Editorial.

Domínguez Ortiz, A. (2003). La España de los Austrias. Madrid: Editorial Espasa.

Elliott, J. H. (2006). Imperial Spain: 1469–1716. Londres: Penguin Books.

Galmés de Fuentes, Á. (1990). "Literatura aljamiado-morisca y doble cultura" en: Actes du IV symposium Internacional d'etudes morisques sur: metiers, vie religieuse et problématiques d'histoire morisque. Zaghouan, pp. 134-148. Madrid: Editorial Gredos.

García-Arenal, M. & Wiegers, G. (2013). Los moriscos: expulsión y diáspora. Granada: Editorial Universidad de Granada.

García Cárcel, R. (1992). La Inquisición española y la sociedad de los siglos XVI y XVII. Madrid: Taurus.

González Alcantud, J. (2014). "La memoria histórica en la literatura: Los moriscos en la narrativa contemporánea". Revista de Estudios Hispánicos, 48(2), 45-67.

Harvey, L. P. (2005). Muslims in Spain, 1500–1614. Chicago: University of Chicago Press.

Hutcheon, L. (1988). A poetics of postmodernism: History, theory, fiction. Londres: Routledge.

Janer, F. (2006). Condición social de los moriscos de España (causas de su expulsión, y consecuencias que esta produjo en el orden económico y político). Madrid: Ediciones Espuela de Plata.

Kamen, H. (1971). La expulsión de los moriscos. Madrid: Historia.

Lapeyre, H. (1986). Les morisques et l'Espagne moderne. París : Presses Universitaires de France.

Lukács, G. (1976). La novela histórica. Barcelona: Grijalbo.

Valencia, P. (1997). Tratado acerca de los moriscos de España. Málaga: Algazara.

Ricoeur, P. (2004). Memory, history, forgetting. Chicago: University of Chicago Press.

White, H. (1992). The content of the form: Narrative discourse and historical representation. Estados Unidos : Johns Hopkins University Press.